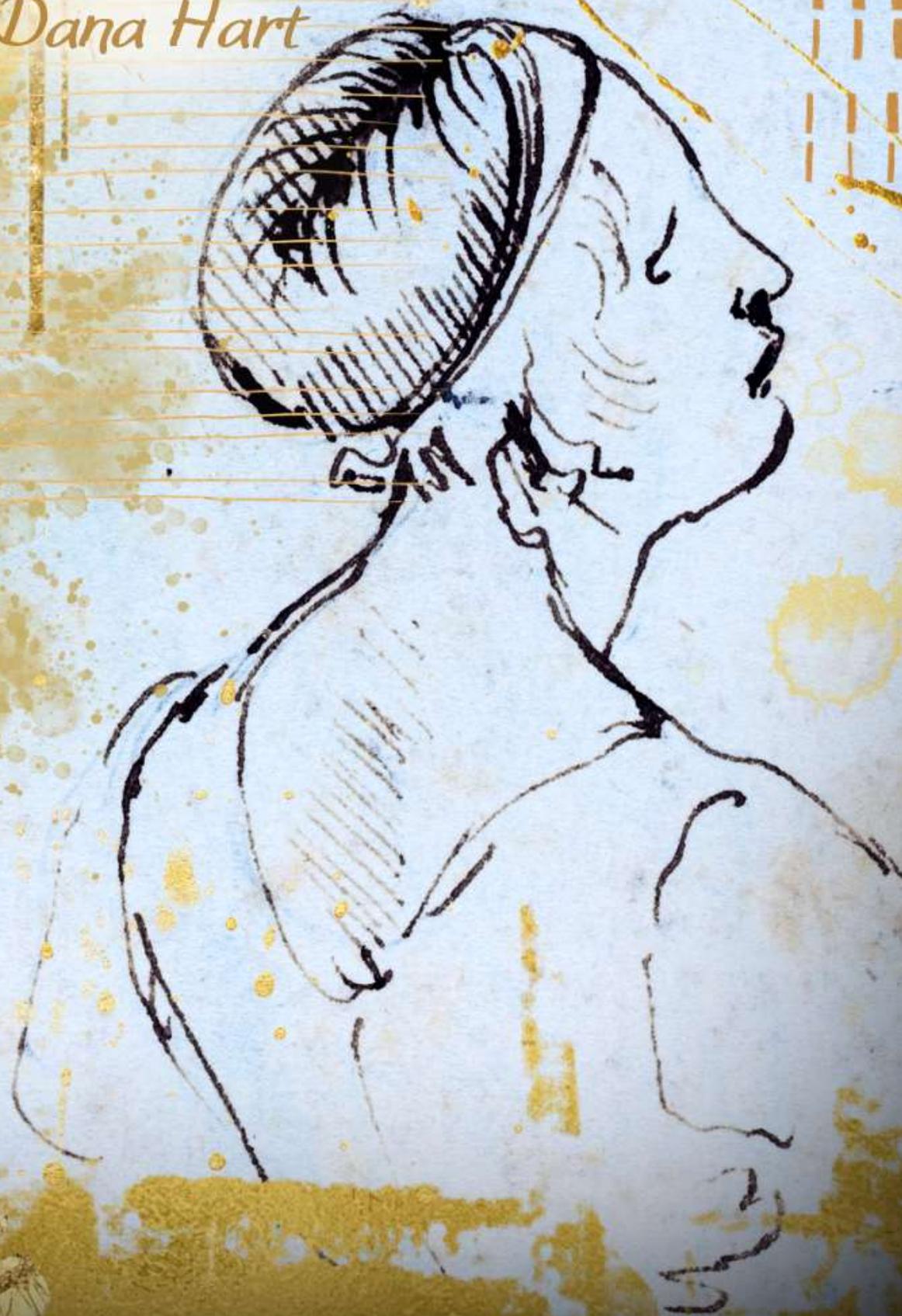


Sin Alas

Dana Hart



Dobló por la esquina, sin alas. Caminó la vereda, saltando los charcos, sin alas. Cruzó la avenida, sin alas. Traspasó la puerta, subió la escalera, recorrió el pasillo, sin alas. Y cuando estuvo justo allí, en su habitación, le dijo:

- No hay nada que yo pueda hacer para ayudarte. Nada.
- ¿Cómo que nada? ¿Y entonces a qué viniste?
- Vine a mostrarte que yo tampoco tengo alas.
- ¿Y cómo llegaste?
- Caminando, como todo mundo. Doblando esquinas, saltando charcos, esquivando semáforos, flotando baldosas...
- ¿Se supone que eso puede hacerme sentir mejor?
- No se supone nada. Suponer es un mal hábito. Es mejor preguntar. Es mejor cerciorarse. Saber.

- ¿Y cómo puedo yo saber?
- Preguntando.
- ¿Quién soy?
- Eres un hombre, como cualquier otro, quizás un poco más enojado que el resto.
- ¿Y a qué crees que se debe mi enojo?
- Eso dímelo tú.
- ¿Cómo puedes notarlo?
- Lo veo. Se ve. En tu arte, por ejemplo.
- ¿En cuál obra en específico?
- La más enojada es la Gioconda.
- ¿Enojada? Creía que se veía alegre. Bueno, no exactamente alegre, pero sonriente está...
- Una sonrisa puede esconder un abanico de enojos.
- ¿Y a qué crees que se debe mi enojo?
- A no poder amar. A no poder ser amado.
- Prefiero que respeten mi arte. Respetar y ser respetado. Eso vale más que el amor.

- No, no es cierto. Nada vale más que el amor y lo sabes, no está disimulado en una sonrisa suave, mitad forjada, mitad suplicante.
- Estás en un error. Yo no amo. Ya no amo. Ni busco ser amado.
- No, no es cierto. Te escondes.
- No me escondo. Estoy aquí, frente a frente. ¿A qué viniste si no vas a ayudar, ni vas a mostrarme las alas?
- Vine porque no las tengo. Y no tenerlas, es más que suficiente. Es más grande que tenerlas. HAY QUE TENERSE PACIENCIA.
- ¿Las quieres? Tal vez eres tú el que está enojado.
- ¿Enojado con quién? ¿Con el que no me dio alas?
- ¿Y ese quién sería?
- Dios no existe si es lo que te estás preguntando.

- ¿Enojado con quién entonces?

Volvió al pasillo. Bajó la escalera. Cruzó la puerta. Recorrió las calles. Dobló la esquina. Sin alas. Y el tiempo pasó tan velozmente, que no pudo saber si fue antes, después, o más tarde.

Setecientos pasos a la derecha. Cuatrocientos veinte a la izquierda. Volvió a llegar a una puerta. No pidió permiso alguno. Pasó a un guardia. Pasó a otro. Desaparecieron las ventanas. La noche no tuvo por dónde entrar.

- ¿Y tú quién eres?
- ¿Y tú quién eres?
- Yo soy Carlos, trabajo aquí.
- Así me doy cuenta. ¿Estás trabajando a esta hora? Hay solo guardias.
- No nos dejan detenernos. ¿Ves este cuadro? Es mi foto. Soy el empleado del mes.
- ¿Y se puede? ¿Ser el empleado del mes?

- Sí, claro que se puede. No hay leyes sobre eso. O hay pocas...
- ¿Te duele?
- ¿Qué cosa?
- ¿Te duelen las manos? ¿Las palmas? ¿El ánimo? ¿Te duele el ánimo?
- Sí, me duele el ánimo. Extremadamente.
- ¿Y lo tienes?
- Claro que lo tengo. ¿Por qué no lo tendría?
- ¿Y en qué parte te duele?
- En lo más metálico, que transmite el calor, y el dolor, hasta la suela de los zapatos.
- ¿Y los tienes?
- Claro que los tengo.
- ¿Y tú quién eres?
- Soy tus contradicciones. O tus necesidades. O ambas, que son una misma cosa.
- ¿Y quién dice que son una misma cosa?

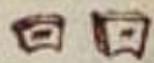
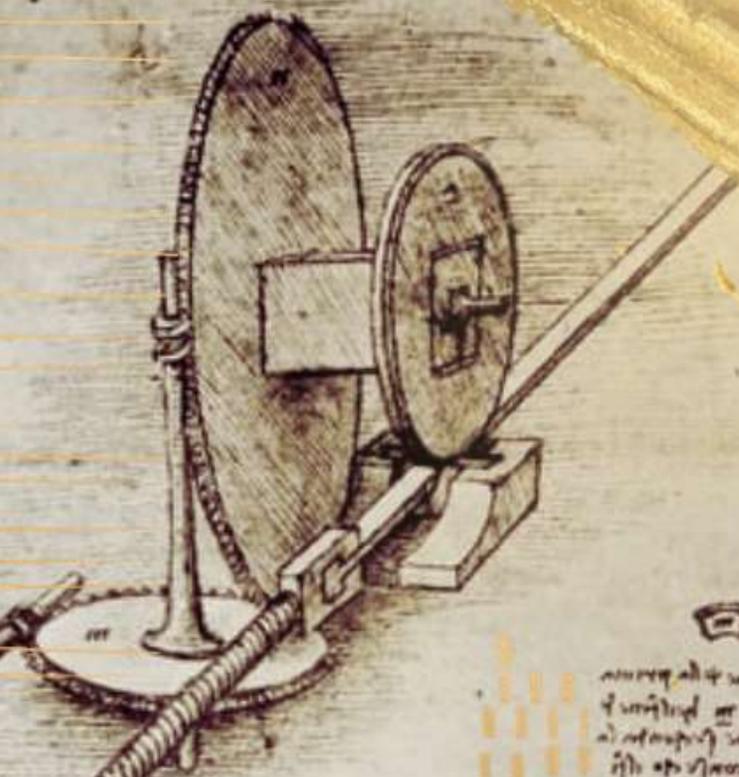
- Yo lo digo. Y tú puedes decirlo también. Porque se nota que las tienes... ¡Necesidades y contradicciones!
- ¿Y tú las tienes?
- Por supuesto que las tengo.
- Como todo el mundo...
- No como todo el mundo, hay un porcentaje que no las tiene.
- ¿Y qué puedo hacer?
- Puedes imaginar, desear... Hay quienes dicen que el deseo, es la contracara de las contradicciones...
- Y las necesidades...
- Exactamente. Ya nos vamos entendiendo.
- ¿Puedo desear?
- Claro que puedes.
- ¿Y qué deseo?
- ¡Libera tus deseos!

Volvió por la puerta. Se cruzó con un guardia. Se cruzó con otro guardia. Salió por las calles. Saltó los charcos. Todo, sin alas. El tiempo pasó tan rápido, que no supo si era arriba o era abajo, tarde o temprano. Llegó a otra puerta, cruzó la cerradura, se sentó en la cama y habló con ella, que tampoco tenía alas, pero su mirada estaba llena de Esperanza. Para cuando volvió a salir, otro cielo le esperaba.

Handwritten text at the top of the page, partially obscured by a gold leaf tear.



Handwritten text on the left side of the page, partially obscured by a gold leaf tear.



Handwritten text on the right side of the page, partially obscured by a gold leaf tear.

Handwritten text on the right side of the page, partially obscured by a gold leaf tear.

Handwritten text on the right side of the page, partially obscured by a gold leaf tear.



30

Handwritten text on the right side of the page, partially obscured by a gold leaf tear.

www.danahartescritora.com

Handwritten text at the bottom left of the page, partially obscured by a gold leaf tear.



Handwritten text at the bottom center of the page, partially obscured by a gold leaf tear.